

Era un sabio

JORGE RIECHMANN

Paco Fernández Buey pertenecía a esa rara clase de personas a quienes uno puede acudir, para recibir un buen consejo, tanto si tiene problemas de pareja como si busca orientación política para los esfuerzos de los movimientos sociales que tratan de transformar este nuestro mundo cada vez más «grande y terrible», por emplear el lúcido par de adjetivos de Antonio Gramsci (uno de los pensadores marxistas que Paco nos enseñó a leer mejor). En tres palabras: era un sabio, este pensador español nacido en Palencia y recriado en Barcelona. Y estaba en la plenitud de su inteligencia —de sus diversas clases de inteligencia. Por eso, la pérdida que hemos sufrido desde el pasado 25 de agosto nos abruma... Paco Fernández Buey era una persona verdaderamente insustituible: como profesor, como intelectual, como militante, como crítico cultural, como amigo.

Una de las primeras personas que me habló directamente de Paco Fernández Buey —a quien yo seguía, como otra mucha gente, a través de sus artículos en *mientras tanto* y en otras publicaciones—, a mediados de los años ochenta, fue el sociólogo Antonio Izquierdo Escribano, el único redactor de la revista rojiverdeviolenta que vivía entonces en Madrid. Recuerdo las palabras que nos dijo —a algunos amigos y a mí— en su vivienda de Las Matas, alguna noche de 1986 ó 1987: «es que Paco... es mucho Paco». No se trata sólo de un intelectual brillante, venía a decir Antonio, si se me permiten traducirle un poco, tanto tiempo después; no es sólo un pensador profundo; no es sólo un analista y dirigente político capaz; es además una de esas muy escasas personas cuya integridad moral nos da testimonio de lo que el ser humano puede llegar a ser, aunque la mayoría de nosotros, casi siempre, no estemos a la altura de nosotros mismos.

Si no falla mi registro, nos encontramos en persona por vez primera el sábado 19 de marzo de 1988. Habíamos viajado desde Madrid a Valladolid ex profeso, para visitarle, varios amigos, quienes por entonces formábamos un colectivo laxo de interesados en política y en filosofía —a mí me gustaba llamarlo REDROPELO—, y que desde algunos años antes buscábamos nuestra orientación en Manuel Sacristán y en la revista *mientras tanto*. Paco era entonces profesor en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Valladolid. Lo había sido antes en la Universidad de Barcelona, lo sería después en la Universidad Pompeu Fabra. Pertenecía aproximadamente a la generación de mis padres; y siendo maestro mío, la relación entre los dos iba a tener necesariamente algo de paterno-filial. Pero ese padre supo ser, desde el comienzo mismo de nuestro vínculo, al mismo tiempo un hermano mayor. El desnivel en conocimiento, experiencia y calidad humana se convertía, por obra de su generosidad, en llana comunicación entre iguales. Esto es infrecuente y admirable, y como sé que lo han vivido otros y otras en su vínculo con Paco, no quiero dejar de consignarlo.

Paco ha representado lo mejor del comunismo en este nuestro país de países, en su diálogo con las demás tradiciones de emancipación. El marxismo abierto de Manuel Sacristán, que desde los sesenta cuestionó el cierre autodestructivo del pseudosocialismo adjetivado «realmente existente» y desde los setenta asumió el profundo cambio de coordenadas que representaban la crisis socioecológica global, la deriva exterminista de la civilización industrial capitalista y el nuevo movimiento de liberación de las mujeres, ese marxismo abierto y autocrítico tuvo en Paco a su mejor discípulo. Pero, para la gente de mi generación, Manuel Sacristán, prematuramente desaparecido en el verano de 1985, no fue «Manolo». Y Francisco Fernández Buey fue desde que lo conocimos «Paco».

Un texto suyo de 1989 —luego reescrito e incorporado al resto de sus análisis sobre la universidad española en el libro *Por una universidad democrática*— nos acerca al joven dirigente estudiantil que Paco fue en los años sesenta:

Éramos [en la Universidad de Barcelona], salvo en la Facultad de Letras, mayoritariamente varones, con el orgullo varonil típico de los aspirantes a intelectuales en este país antes de los primeros brotes del movimiento feminista organizado; éramos (con pocas excepciones) hijos de burgueses, funcionarios y asimilados, sin excesiva mala conciencia todavía, demócratas con la creencia de que la democracia era algo más que la representación indirecta; nos atraía el existencialismo, pero ya sabíamos que Martin Heidegger era un reaccionario, por lo que generalmente preferíamos el otro existencialismo, el de los franceses, y también las canciones

de los cantautores franceses, porque hablaban de libertad y de resistencia en un tono melancólico que no parecía excluir la épica, empezábamos a descubrir entonces las modernas técnicas sexuales conductistas que llegaban de tapadillo desde América a nuestras librerías, y, con ellas, descubrimos también nuestra ignorante «anormalidad» cada vez que las respuestas a los estímulos, en aquel sexo-de-los-botones, diferían de las explicaciones del libro de los libros; éramos serios en el estudio y convencionales en el vestir: teníamos todavía poco que oponer a nuestros padres; pasábamos largas horas charlando, borrando mitos del pasado y creando mitos para el futuro; y apenas si teníamos cultura política, porque nadie o casi nadie se atrevía a transmitírnosla, de modo que confiábamos más en las personas que en las organizaciones; nos sentíamos solidarios de los obreros, pero conocíamos mal la vida de la clase obrera; mirábamos hacia Argelia y Cuba más que hacia Moscú, y hacia Francia o Italia más que hacia EE UU, cuando se nos pedían modelos; y nuestros marxistas —cuando eran lecturas marxistas lo que buscábamos— fueron, por suerte, Sacristán y Gorz, Lukács y Lefebvre, Brecht y Bloch, Schaff y Gramsci, Lenin y Marcuse; seguramente no distinguíamos entre ortodoxia y heterodoxia, lo cual nos fue muy útil. Queríamos, desde luego, otra universidad: una universidad abierta a todos los estudiantes capacitados, sin barreras clasistas, al servicio de la sociedad, que proporcionara una adecuada formación científica y técnica a la altura de las necesidades sociales, que contribuyera al desarrollo de una cultura plural, en la que se garantizara la libre discusión y circulación de las ideas, donde se respetaran las diferencias lingüísticas propias de un estado multinacional.

Éste era el Paco veinteañero, hablando en nombre de aquella generación de luchadores universitarios que en los sesenta y los setenta dieron lo mejor de sí mismos por la transformación antifascista y democrática de nuestro país. Veamos al Paco treintañero a través de Vera Sacristán, la hija del maestro de Paco y de Giulia Adinolfi, quien lo trató en la intimidad desde niña. Evocaba así a nuestro amigo en unas líneas que le hizo llegar con ocasión de su sexagésimo cumpleaños, en 2003:

Veraneos en Puigcerdà. Neus tomaba vitaminas, todas las letras del abecedario y algunas, incluso diferenciadas con números. Paco cocinando. Las tortillas de patatas de Paco (en mi casa sólo se comían las suyas). Tertulias en la galería. Paseos. Paco acompañando a Manolo de excursión, en bicicleta y a pie. Paco conversando con Giulia. Creo que Paco fue de las muy escasas personas capaces de llegarle al alma a Manolo y a Giulia a la vez.

Tossa. Giulia divirtiéndose jugando a cartas con la familia de Paco. La madre de Paco comiéndose siempre el pan seco del día anterior. Y una tienda de ropa hippy en la que vi una falda y una camiseta que me encantaron. Pobre Paco: Giulia fingió durante semanas que Paco se había despistado y había sido incapaz de decirle qué falda y qué camiseta eran. Aparecieron ambas el día de mi cumpleaños, claro.

(...) Y entonces Giulia se puso enferma. Sus conversaciones con Paco. (...) Giulia eligiendo un recuerdo para Paco. Manolo de negro. *Mientrastanto*. El centenario de Marx. (...) Paco hecho polvo cuando le pedí que redactara la esquila de Manolo. Paco en el entierro de Manolo. Paco seleccionando textos en la muerte del hijo de Guillermo.

Y ahora Paco en la Pompeu, Paco ayudando a Salva, Paco siempre con un pie en un avión, dando una charla, redactando un texto... Paco hablando con orgullo de Eloi.

Un Paco público y un Paco privado que son una única cosa. Un tipo incansable. Más moral que el alcoyano. Una presencia que acompaña y acoge (y eso que se supone que los castellanos son secos). Casi toda mi vida.

Hasta aquí Vera Sacristán, hablando básicamente del Paco de los años setenta. Y todavía otra mirada muy cercana, la de Javier Delgado, un buen amigo de Paco que lo trató sobre todo en los ochenta. Este escritor definía así su primera impresión cuando lo conoció: un tío muy serio con muchas ganas de reír (y compañero de una mujer, Neus, que tenía también una maravillosa forma de reír, con «ese entusiasmo reidor, lagrimeante y cordial del que pocas personas disfrutan»).

Aquel hombre diez años mayor que yo podía ser más serio pero también más reidor que yo mismo. Lo segundo que me importó fueron unas cuantas charlas muy serias en la cocina de su casa, mientras él iba fregando la vajilla y yo secándola: ese tío tan serio y tan reidor vivía de una forma no muy común (desde luego, no por entonces entre los de su especie y género), al menos no muy común de puertas adentro, que es donde cosas tan serias cuando se hablan parecen tan a menudo pura broma cuando no se ven. No recuerdo nada de lo que hablamos entonces, pero nunca se me olvidará el espumoso mensaje de su lavavajillas.

Javier evocaba luego otro rasgo de la pareja que lo amistó para siempre: la elegancia de su trato. Lo fácil es ayudar dejando ver que se ayuda, pero lo de Paco y Neus «era otra cosa que si no es elegancia es santidad».

Un elegante santo laico... Son palabras mayores, pero uno diría que Javier Delgado no exagera. Es difícil que la inteligencia crítica, en el grado en que caracterizaba a Paco, vaya acompañada de la bondad —en el grado que también le caracterizaba a él. A quienes le conocíamos nos llamaba la atención lo lejos que siempre se situó del oportunismo y la inautenticidad: hacen falta raíces morales hondas para mantener una posición así a lo largo de toda una vida. Y eso él lo hacía sin el menor exhibicionismo, mostrando más que diciendo, haciendo más que hablando. Hay una cita de Albert Einstein —otro de los autores a quienes Paco nos ayudó a leer— que nuestro pensador de Palencia rememoró en varias ocasiones: «Ser idealista cuando se vive en Babia no tiene ningún mérito; pero lo tiene, en cambio, el seguir siéndolo cuando se ha conocido el hedor de este mundo.» No cabe duda de que él mismo conoció bien el hedor de este mundo: pero nunca claudicó ante quienes querían que todo fuese mierda, y nada más que mierda.

Desde nuestro presente, sabemos que diez años de trabajo intelectual y político de Paco, en este tiempo ominoso que es el nuestro, hubieran cundido mucho más que veinte o treinta años de quienes le hemos acompañado en algunas de esas tareas. No le han sido concedidos, y eso es una pérdida grande para quienes le sobrevivimos. Nos corresponde a quienes aún queramos seguir peleando por «una humanidad libre en una Tierra habitable» tratar de compensar esa pérdida incrementando nuestro esfuerzo.

Cuánto echaremos de menos su paciente trabajo en contra de los sectarismos que hacen tanto daño a la izquierda en nuestro país de países... En Paco las pulsiones cainitas no encontraban apoyos. Cuántas veces volvía, desde hace decenios, a la idea de juntar aquello que se separó después de la Primera Internacional: ¿por qué no podrían dialogar y trabajar juntos socialistas y libertarios, anarquistas y comunistas? Para Paco resultaba del todo natural la idea de construir, sumar, hacer confluir —sin que ello supusiera hacer dejación de las propias ideas y valores, sino al contrario: someterlas a ese necesario e irrepetible proceso de crítica que se deriva del encuentro real con la otra, con el otro. Como él decía:

La unidad en un movimiento social se hace siempre de diversidades escrupulosamente toleradas. Nunca hay unidad en el sentido de unanimidad de criterio en un movimiento social. Eso sería un cementerio y el SDEUB [Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona] fue, mientras existió, un organismo muy vivo. (...) La mayoría de los estudiantes de entonces no aspirábamos a la comunión de los santos, sino sólo a unir fuerzas (lo que en aquellas condiciones ya era cosa difícil) a favor de una universidad y una sociedad democráticas en la que se superaran las barreras de todo tipo (autoritarias y clasistas) existentes.

Qué falta nos hará ese atento discernimiento suyo aplicado a los movimientos sociales y —antes de su constitución como tales movimientos— a lo prepolítico, a esas corrientes e inquietudes culturales donde se van definiendo las vías por donde después transitará —o no— la sociedad... Cuánto vamos a necesitar conservar su memoria viva. Lo cual, no nos engañemos, puede resultar difícil en los tiempos de brutal ofensiva capitalista que vivimos.

Años después de la muerte de su maestro Manuel Sacristán, respondiendo a un cuestionario Paco declaraba:

Sacristán ha sido uno de los poquísimos pensadores valiosos de este país que siguió llamándose comunista hasta la muerte, a pesar de sus diferencias con el partido comunista. Y eso, en los tiempos que corren, se paga. Pero si uno se fija bien verá que la animadversión actual (o el pacto de silencio) se da casi siempre entre los «letratenientes» y políticos de profesión que necesitan borrar las huellas de su pasado, no entre quienes aman la inteligencia y la libertad de pensamiento independientemente de sus preferencias ideológicas.

Paco Fernández Buey ha muerto un cuarto de siglo después de su maestro: podemos esperar similares estrategias de ocultación y olvido con respecto a él, porque él también fue «uno de los poquísimos pensadores valiosos de este país que siguió llamándose comunista hasta la muerte, a pesar de sus diferencias con el partido comunista». Hojeaba durante estas últimas semanas cuadernos de trabajo antiguos: en los míos hay muchas huellas de Paco—. Hace veinte años, en enero de 1992, tuvo lugar una reunión —una de las muchas reuniones político-intelectuales en las que participó Paco— entre la redacción de la revista *mientras tanto* y los autores del manifiesto ecosocialista —militantes franceses, alemanes, portugueses...— que la propia revista había traducido y publicado en español un año antes. En cierto momento Paco dijo:

El nombre del «socialismo» está manchado para décadas; pero lo que su concepto representa es la única esperanza para dos terceras partes de la humanidad, quizás. (...) No vale la pena abandonar las palabras, porque lo que hemos de hacer es reconstruir los conceptos (como tuvieron que hacerlo los cristianos cuando el Sermón de la Montaña se trocó en poder político despótico).

Resulta lamentable que el capitalismo se esfuerce con tanto ahínco por perdurar, porque no tiene futuro. Un sistema socioeconómico tan autodestructivo tiene los lustros contados. Lo terrible es cómo, en esa lucha agónica por

perseverar en la existencia, la agitación del monstruo —llamémoslo por ejemplo Juggernaut— destruye las condiciones que permitirían a los seres humanos una vida buena en el planeta Tierra.

No sabemos si habrá socialismo en el siglo XXI, porque la disyuntiva «socialismo o barbarie» se ha entenebrecido aún mucho más desde que fue formulada, hace más de un siglo. Pero si la humanidad supera el tiempo terrible que tenemos por delante, la Gran Prueba en la que ya estamos, podemos estar razonablemente seguros de que habrá socialismo en el siglo XXII.

En qué cabe creer en estos tiempos sombríos, me preguntan, me pregunto. Sigo contestando: en las posibilidades del ser humano. Sólo en un 10%, creer en lo que el ser humano es; en un 90%, en lo que podría ser. Y creer en algunos maestros muertos. Paco nos dejó en agosto de 2012, y es insustituible.

Voy concluyendo. Un rasgo de Paco Fernández Buey que llamaba mucho la atención —ya desde su juventud, según cuentan quienes lo trataron entonces— era el equilibrio: se trataba de un ser humano muy equilibrado. Lo cual resulta mucho más infrecuente de lo que podría parecer: uno tiene motivos para sospechar que, antropológicamente, somos seres muy descompensados; a lo que culturalmente se añaden toda clase de desequilibrios... Pero qué bien retratan a Paco, en eso, algunos de los títulos y subtítulos de sus libros: *Discursos para insumisos discretos*; la propuesta de un *racionalismo bien temperado*... Cuando pienso en él, me acuerdo muchas veces de aquel gran poema de Brecht sobre el comunismo como término medio.*

* (N.de E.): Jorge Riechmann ha traducido en homenaje a Paco este poema de Brecht que reproducimos en la pág. 203 de este monográfico.